

EMERGENTES

En Europa hemos asistido recientemente a la aparición de nuevos partidos y al ascenso de partidos más antiguos que han experimentado un rápido crecimiento.

El lanzamiento de los primeros -en rigor: los *emergentes*- o el crecimiento de los segundos han tenido lugar en condiciones muy especiales, que apenas enunciaré ya que son sobradamente conocidas.

El desarrollo de una globalización incontrolada que ha producido fuertes impactos en diversas direcciones, al tiempo que ha contribuido a reducir la pobreza en términos absolutos, ha impulsado también un aumento de las desigualdades. El auge, desde los años 80 del siglo XX, de las políticas económicas llamadas *neoliberales*, tan dogmáticas como unilaterales, ha dañado seriamente los Estados del bienestar. El rápido e incontrolado incremento de la circulación de capitales ha creado situaciones de volatilidad en países que gozaban de una mayor estabilidad. La instauración de instituciones transnacionales, en nuestro caso las de la Unión Europea, con una notable carga tecnocrática, así como el establecimiento de una moneda común, el euro, que no ha ido acompañada de una política fiscal común, ha privado a los Estados de sus políticas monetarias y ha reducido el margen de actuación de las élites políticas nacionales¹. La debilidad y la dispersión de las políticas migratorias y las carencias en la integración de las poblaciones inmigradas... todo ello ha contribuido a desestabilizar el panorama económico, político y social.

Se ha abierto paso un descontento hacia lo que Donatella Della Porta ha llamado la *versión minimalista de la democracia*, en la que la participación se reduce al aspecto electoral y en la que hay «un gran margen de maniobra para ciertos actores privados, que ejercen como *lobbies* ante los gobiernos y los responsables políticos»².

La actual crisis, aguda y múltiple -crisis económica, social y política-, es el caldo de cultivo idóneo para la aparición de nuevas plataformas políticas. Tres condiciones parecen necesarias.

EUGENIO DEL RÍO

ANALISTA POLÍTICO Y ESCRITOR

Una coyuntura favorable es la primera. En los últimos años se ha agravado la deslegitimación de las élites, se han movido las fronteras electorales y se han redistribuido las cartas. En estas condiciones se presentan más ocasiones para que despunten nuevos partidos y para intentar desalojar a quienes ocupan los enclaves institucionales principales.

El desembarco de nuevos partidos políticos se apoya en circunstancias excepcionales (se ha abusado para referirse a ellas de la imagen de la *ventana de oportunidad*). La instalación de los nuevos partidos o el ascenso de algunos viejos se verifica mientras dura la coyuntura propicia.

La segunda condición es la existencia de un grupo humano con voluntad de constituir una nueva opción política. Es lo que ha sucedido con el Movimiento 5 Stelle (M5S) italiano, de Beppe Grillo³, o con Podemos o Ciudadanos, aunque este último contaba con un rodaje previo en Cataluña.

La tercera condición necesaria es que tal grupo humano disponga de una idea clara sobre el modo en que debe proceder para hacerse un hueco en el sistema de partidos y dirigirse con éxito a la población. No es una condición menor. Pueden concurrir las dos primeras condiciones pero, a falta de un diseño adecuado respecto al modo de actuar, las tentativas fracasan con toda seguridad. Los ejemplos son abundantes. No todos los que lo intentan triunfan.

LOS PARTIDOS EMERGENTES Y EL LLAMADO POPULISMO

Se ha hablado de *populismo* para designar a estos partidos. Pero no está muy claro lo que se quiere nombrar con esa palabra. Si el sustantivo *populismo* es poco fiable por su inespecificidad, no lo es más el adjetivo *populista*.

Además, ha pasado a utilizarse en la lucha política en un sentido puramente peyorativo,

Se ha abierto paso un descontento hacia lo que Donatella Della Porta ha llamado la *versión minimalista de la democracia*, en la que la participación se reduce al aspecto electoral y en la que hay «un gran margen de maniobra para ciertos actores privados, que ejercen como *lobbies* ante los gobiernos y los responsables políticos»

asociándolo a un empleo intensivo de la demagogia, cuando esta no es el monopolio de unos cuantos partidos sino que se encuentra muy arraigada en la política contemporánea.

Igualmente, los partidos a los que se cataloga como *populistas*, como ahora tendré ocasión de subrayar, caminan en direcciones políticas distintas, y hasta opuestas. El vocablo *populismo* nos informa en alguna medida sobre su forma de intervenir en política pero no nos dice nada sobre su significado político y social.

Por estas razones no suelo utilizar esta palabra habitualmente. Lo he hecho en ocasiones, como ahora mismo, pero, curándome en salud mediante el uso de las comillas o de la cursiva, y precisando los problemas que entraña su empleo.

¿Qué tienen en común los partidos a los que estoy aludiendo?

Como digo, lo que comparten pertenece al campo de los métodos de la acción política; no a la esfera de los contenidos políticos sustantivos.

Lo podemos comprobar si echamos un vistazo a sus rasgos más extendidos.

1. Se valen de una representación muy simplificada de la sociedad, basada en la distinción entre dos campos irreductiblemente enfrentados y separados entre ellos por una frontera insalvable. Hay un amplio, cuando no amplísimo (a veces se ha hablado de un 99% de la sociedad), *nosotros*, y un extremadamente minoritario *ellos*.
2. Que esta forma de representar la sociedad tenga éxito es vista como la condición primera para alcanzar el propósito primordial de privar de sus posiciones institucionales a las élites actuales y reemplazarlas en los gobiernos.

Los líderes encarnan lo que piensa y desea el pueblo y desempeñan un papel catártico

3. Por regla general se apoyan en fuertes liderazgos. Los líderes encarnan *lo que piensa y desea el pueblo* y desempeñan un papel catártico. Se intenta que se fusione el protagonista del drama con el público.
4. Emiten insistentemente un corto número de mensajes, muy seleccionados, que pueden ser entendidos y atendidos por gentes muy diversas. Para conseguirlo, nada mejor que tomar directamente aquellas ideas que pueden ser útiles para la propia causa y que están más presentes en la sociedad. Estos partidos operan como amplificadores de esas ideas ya implantadas.
5. Están empeñados en arraigar transversalmente en la sociedad, no ciñéndose a unos sectores sociales determinados.
6. El afán transversal se manifiesta también en el orden ideológico. No se dirigen a un

campo ideológico determinado. Aspiran a ganar a personas de uno y otro ámbito ideológico. Casi todos estos partidos rehúyen la identificación con la izquierda o con la derecha. Consideran que esta distinción no refleja fielmente el hecho de que los grandes partidos muestran demasiadas semejanzas entre ellos.

7. En su mayor parte, se presentan como *partidos nuevos*, ajenos a las trayectorias de los *viejos partidos*, que, como es evidente, han sido incapaces de resolver los problemas que preocupan a la gente, muestran una penosa subordinación a los poderes económicos y financieros, y están manchados por un largo reguero de casos de corrupción.
8. Se erigen en portadores de soluciones sencillas y aparentemente eficaces a corto plazo: la salida del euro o de la Unión Europea, la renta social básica universal e incondicional, el impago de la deuda, el cierre drástico de las fronteras... Aunque desigualmente según los casos, suelen actuar con una *irresponsabilidad programática* y las más de las veces prestan poca atención a las posibilidades de realización de los objetivos preconizados y a sus posibles consecuencias. Los programas no están pensados tanto para ser realizados como para atraer seguidores y para diferenciarse de otras opciones, esto es, para *marcar territorio*.
9. Si bien las pasiones son inseparables de la política, y, en general, de las obras humanas, en los partidos a los que me estoy refiriendo se explotan desmedida y desprevenidamente.

En el proceder de los partidos a los que me estoy refiriendo -siempre ciñéndome al marco europeo- se registran estas características, aunque no en el mismo grado ni en las mismas formas en todos ellos. Pero esto no impide que las diferencias entre ellos, en cuanto a su significado político, sean enormes.

Aunque, como acabo de señalar, casi todos -no todos- se niegan a identificarse con la izquierda o con la derecha, generalmente se inclinan hacia

un lado u otro. Los hay de izquierda y los hay de derecha o centro derecha, y de extrema derecha.

Los de izquierda mantienen cierta continuidad con las tradiciones socialdemócratas. Estoy pensando en el caso griego o en el escocés o en Podemos.

Los de derecha (en Francia, en el Norte de Italia, en Gran Bretaña, en Hungría, en Flandes, en Austria, en Suecia, en Holanda...) son muy variados. En una parte de ellos se advierte una orientación antidemocrática y hasta fascista. No todos son antieuropeos. Ni todos abordan del mismo modo la defensa de las identidades tradicionales. Los hay antisemitas y también pro-sionistas, mientras que, por regla general, son antimusulmanes. Rivalizan en cuanto a xenofobia y al rechazo de la población musulmana.

Así pues, lo más característico de estos partidos, sean de izquierda o de derecha es *un repertorio de recursos para la acción política*.

Pero he aquí que esos recursos no son de uso exclusivo de los partidos emergentes a los que sus adversarios tachan de *populistas*; los partidos tradicionales, los que llevan mucho tiempo *emergidos*, los emplean en diversa medida y con mayor o menor discreción siempre que lo consideran conveniente. Basta con repasar los rasgos que he enumerado más arriba para comprobarlo.

Así pues, el *método populista* no es algo especialmente nuevo ni específico; tiene una larga historia y ha teñido, más o menos, el modo de actuar de los más diversos partidos.

Mucho de lo que se le atribuye al *populismo*, tantas veces interesadamente, permea la política -el conjunto de la política institucional- en diversos grados. Forma parte del ABC de la política, sobre todo en los períodos de crisis en los que la política se hace más simple y sumaria, y en los que, quien más quien menos, echan mano de la *artillería pesada*.

Del repertorio de recursos al que acabo de aludir se sirven los distintos partidos que están en la pugna política. La política democrática implica competencia y la competencia no suele evitar el empleo de los medios consagrados como más eficaces.

Por descontado que esos recursos son utilizados intensamente por los partidos que tratan de abrirse paso en los períodos en los que las

élites se muestran más incapaces para afrontar los problemas, como ha sucedido con la actual crisis económica.

PODEMOS Y CIUDADANOS

En el panorama español dos partidos han logrado abrirse paso en poco tiempo: Podemos y Ciudadanos.

En ambos casos estamos ante núcleos dirigentes sumamente reducidos, que han ganado abundantes adhesiones en poco tiempo y que se ven en la necesidad de dotarse de una vasta estructura para poder asumir grandes responsabilidades.

El reforzamiento de una imagen ganadora ayuda a ganar, o a mejorar la propia posición, y viceversa.

Siendo, como son, partidos nuevos carecen de una implantación social consolidada. Buena parte de sus eventuales votantes pueden cambiar su voto con facilidad. Los resultados en las elecciones que van sucediéndose, antes de las generales, así como los sondeos electorales hacen que sus posibilidades aumenten o disminuyan con una extraordinaria rapidez. Los avances llaman a nuevos avances, y los retrocesos, a nuevos retrocesos. El reforzamiento de una imagen ganadora ayuda a ganar, o a mejorar la propia posición, y viceversa.

Los dos han hecho de la lucha contra la corrupción una cuestión central. Igualmente, coinciden en el objetivo de privar del poder político a las élites actuales. Ambos se han concebido como instrumentos para acceder al Gobierno. Y han alimentado sendos hiper-liderazgos personificados por Pablo Iglesias y Albert Rivera.

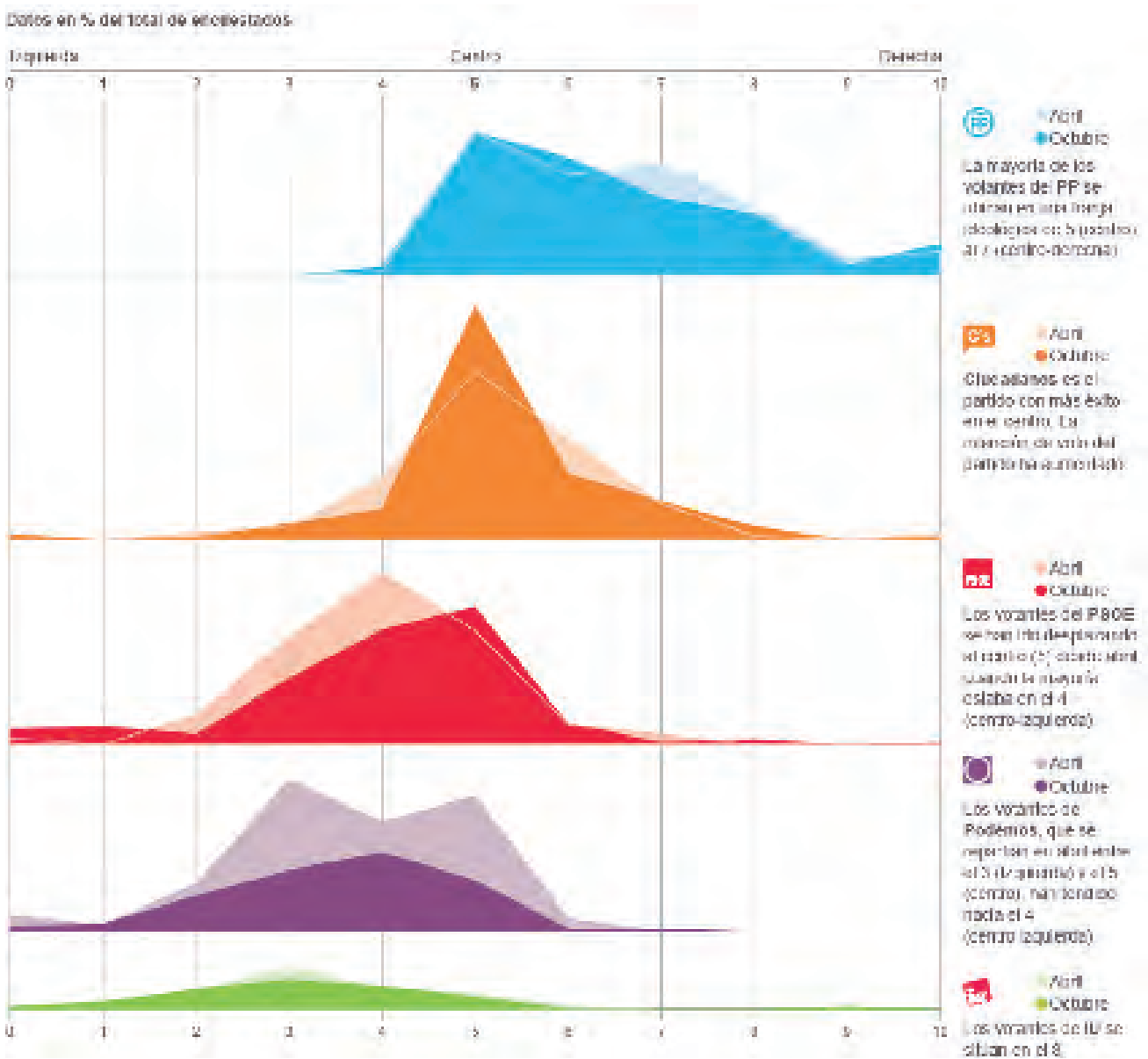
Sin embargo, no ocupan el mismo lugar en las tres escalas en las que se definen hoy principalmente los partidos políticos. Una es izquierda-derecha; la segunda, lo nuevo y lo viejo; la tercera, radicalismo/moderación.

En la primera criba, son claras las diferencias. Aunque los dos se resisten a dejarse encasillar en el campo de la izquierda o en el de la derecha, y se afanan por desempeñar un papel transversal, no se puede decir que lo consigan.

Tanto los miembros como la mayor parte del electorado de Podemos son de izquierda o de centro-izquierda. También lo son la mayoría de sus

propuestas, en línea con lo mejor de la tradición social-demócrata. Los impulsores de Ciudadanos, por su parte, evitan identificarse ideológicamente pero no se alejan de las pautas económicas llamadas *neoliberales* que han predominado en Europa en las últimas décadas. Tras las últimas elecciones andaluzas facilitaron la investidura de la candidata del PSOE, pero después han firmado acuerdos con

el PP, entre ellos, el más importante, el que ha dado al Partido Popular el Gobierno de la Comunidad de Madrid (también han facilitado la investidura de los candidatos del PP en Castilla y León, en la Región Murciana y en La Rioja). Su electorado se encuentra principalmente en el centro y en el centro derecha, como muestra este cuadro de Metroscopia (*El País*, 18 de octubre de 2015).



En relación con la tensión entre *lo viejo* y *lo nuevo*, los dos partidos han criticado la vieja política -aunque no siempre hayan acertado a concretar debidamente el concepto de la nueva- y a los partidos que la han representado. Ambos han asociado la vieja política a los escandalosos episodios de corrupción.

Durante un año, Podemos gozó de la primicia de ser el portavoz de lo nuevo, mientras Ciudadanos permanecía acantonado en Cataluña. Pero desde que hizo acto de presencia en las elecciones andaluzas, en mayo pasado, con el consabido éxito, han tenido que repartirse entre los dos las rentas de la representación de lo nuevo.

En lo tocante al binomio radicalismo-moderación, Podemos arrancó con unos mensajes radicales en cuanto al tono y también en su alcance programático. Posteriormente ha mantenido el tono radical pero sus objetivos políticos se han ido haciendo más comedidos. Ciudadanos cultiva la imagen de una fuerza moderada y dialogante, aunque adopta el lenguaje de un españolismo radical frente a los nacionalismos periféricos.

Por lo demás, *el estilo intelectual y cultural* de Podemos es muy distinto del de Ciudadanos. Podemos dispone de un marco que es a la vez teórico e ideológico, que ha venido guiando sus movimientos durante su breve existencia, sin excluir buenas dosis de pragmatismo, en el sentido más usual de esta palabra. Ciudadanos, por su parte, tiene una personalidad más propiamente tecnocrática, posee una densidad ideológica muy liviana, aplica las recetas "populistas" a las que me he referido sin explicitar nada parecido a una teoría política determinada, y avanza por tanteos, adaptándose a los vaivenes de la opinión pública⁴.

EL INDEPENDENTISMO CATALÁN

No quiero terminar sin referirme a otra realidad que no es un partido sino más bien un conjunto de partidos y una dinámica política peculiar, y que guarda estrecha relación con la problemática de los partidos emergentes.

Se trata del proceso independentista catalán, que ha cobrado fuerza a partir de 2012, y, especialmente, tras la invalidación por el Tribunal Constitucional de la declaración de Cataluña, por el Parlamento catalán, como *sujeto político soberano*, en marzo de 2014.

Encontramos en él bastantes de los rasgos distintivos del llamado "populismo": los liderazgos

personales; una simplificación extrema de los problemas políticos; la construcción de un *nosotros* y un *ellos* enfrentados⁵; el empeño en conseguir que el antagonismo promovido (Cataluña Bà España) ocupe el centro de la escena política, relegando otros conflictos; una intensa movilización de las pasiones; la propuesta de una ruptura que dé paso a un esperanzador comienzo; la búsqueda de apoyos transversales, interclasistas, dejando en segundo plano la distinción izquierda-derecha y los problemas sociales. De hecho, el descontento social se ha canalizado hacia la demanda de independencia, desplazando a las cuestiones sociales o subordinándolas a la consecución de la independencia, que se ha transformado en el asunto principal de la política catalana.

Hay dos rasgos que diferencian el proceso catalán de otras experiencias:

- 1) La acción por la hegemonía política culmina décadas de acción cultural en el terreno de la educación, de los medios de comunicación, del empleo de los símbolos, de los relatos históricos... con evidentes resultados en *una determinada nacionalización de las conciencias, de los sentimientos, de las identidades colectivas*. Esa *nacionalización cultural e identitaria*, paciente y duraderamente labrada, se ha acabado traduciendo en el campo político, en forma de apoyo a unos partidos y de oposición a otros. El éxito ha sido considerable -así se ha podido comprobar en las elecciones del 27 de septiembre-, aunque no tan arrollador ni tan transversal como sus promotores ansiaban⁶.
- 2) Es un proceso encaminado a conquistar todo el poder político a partir de las instituciones de un poder político territorial que ha coexistido con el poder central. No se trata de un movimiento contra todas las élites políticas sino, más selectivamente, contra las que están vinculadas con el poder central.

Hasta el presente es esta experiencia la que ha obtenido unos mayores resultados empleando las herramientas llamadas *populistas*.

¿Contribuirán los partidos emergentes a mejorar la vida democrática? Aquí no cabe una respuesta única, dado que estamos hablando de partidos muy diferentes e incluso opuestos en cuanto a su política.

Algunos pueden tener ese efecto benéfico mientras que otros pueden llegar a poner en peligro aspectos importantes de los regímenes democráticos.

Solo en algunos casos se advierte la intención de modificar las prácticas políticas en el sentido de una mayor participación y de una mayor transparencia.

NOTAS:

* El presente texto -al que he hecho algunos añadidos posteriormente- sirvió de base para mi intervención en la mesa redonda "¿Es necesario rediseñar (repensar, visitar) la democracia?", dentro de los *VIII Diálogos de Bilbao* ("Democracia, soberanía, globalización y comunidad. Cambios transformadores y nuevos escenarios"), coordinados por Xabier Aierdi y celebrados en la Fundación Sabino Arana, los días 28 y 29 de septiembre de 2015.

1. De ello se ha ocupado, documentada y lúcidamente, Ignacio Sánchez-Cuenca en su excelente libro *La impotencia democrática. Sobre la crisis política de España* (Madrid: Los Libros de la Catarata, 2014).

2. Se trata, añade, de «un modelo elitista, que reduce las competencias del Estado frente al mercado y que da la prioridad a los intereses de una minoría» ("Del 15M a Podemos: resistencia en tiempos de recesión", entrevista a Donatella Della Porte realizada por Juan Masullo y Martín Portos, *Encrucijadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales*, nº 9, 2015).

3. El M5S italiano, que tiene ya seis años de vida, no es fácil de clasificar. Los objetivos proclamados corresponden a las cinco estrellas de su nombre: agua pública, transporte, desarrollo, conectividad (acceso libre a Internet) y medio ambiente. Se declara contrario al euro y ha hecho bandera de la lucha contra la corrupción.

4. Fernando Fernández-Llebregat ha examinado esta peculiar forma de ser de Ciudadanos en su trabajo "A vueltas con Ciudadanos. Una somera aproximación", 10 de octubre de 2015, ejemplar mimeografiado.

5. El movimiento independentista ha logrado incluso que ese ellos, encarnado sobre todo por el Gobierno de Mariano Rajoy, se avenga a desempeñar el papel que el independentismo le ha asignado, reforzando en extremo el desarrollo del proceso. Ha sido el *contrario complementario* óptimo, un eficazísimo colaborador.

6. La transversalidad alcanzada, sin embargo, tiene unos claros límites sociales y territoriales, como se puede inferir fácilmente del análisis de los resultados electorales del pasado 27 de septiembre. El independentismo se ha manifestado con más fuerza en los sectores de la población catalanohablantes y autóctonos y con una posición laboral y económica más segura. Pau Mari-Klose ha escrito lo siguiente en referencia a los resultados del 27 de septiembre: «Municipios y barrios que conjuntamente agrupan a cientos de miles de personas, con población eminentemente castellanoparlante y rentas medias bajas (L'Hospitalet, Santa Coloma, Sant Boi, Nou Barris), presentan niveles de apoyo a opciones independentistas inferiores al 30%. El voto independentista se concentra en el ámbito rural y barrios acomodados de ciudades de tamaño medio, donde suele superar el 60%» ("¿Un solo pueblo?", *El País*, 6 de octubre de 2015).

